

fundos designios de Dios por conservar aún á los Judíos en medio de las naciones donde residen, ó dispersos ó cautivos. "Subsisten, dice, con el carácter de su reprobacion, degenerados visiblemente por su infidelidad á las promesas hechas á sus padres, desterrados de la tierra prometida, sin un palmo de terreno que cultivar, esclavos en todas partes, sin honor, sin libertad, sin condicion alguna de pueblo," (1). Este cuadro, si fuera expresion de la verdad, ¿qué probaría? La inanidad del gobierno providencial tal como el cristianismo lo concibe. ¡Cómo! Dios atestigua con hechos extraordinarios su predileccion por el pueblo elegido, le atrae á la verdad á fuerza de milagros, le envia profetas para anunciarle la venida de su Hijo, y cuando el Hijo de Dios llega, atestiguan su mision por medio de prodigios inauditos, los Judíos le crucifican. ¿No es lógico preguntar de qué sirve el gobierno milagroso? ¡Ah! ¡Sirve para mantener á los Judíos en eterna servidumbre, á fin de que sean manifiesta prueba en favor del Crucificado! Los escritores católicos han triunfado muy pronto de la miseria de los Judíos; ¿á quién debe imputarse esta miseria? Á la salvaje intolerancia del catolicismo tradicional. Gracias á la filosofía, la humanidad ha reemplazado á la persecucion. La Asamblea constituyente puso término á la esclavitud de los Judíos y proclamó su igualdad; la gran voz de la Revolucion ha destruido las profecias, los decretos de los concilios, las palabras de los papas, todas las autoridades sagradas, y aniquilado el pretendido gobierno providencial que se manifiesta por la accion milagrosa de Dios.

Los milagros son cosa imaginaria; por tanto, el gobierno que sobre ellos se funda debe ser tambien imaginario. Bossuet nos suministra una prueba notable. Trátase del censo ordenado por el emperador Augusto, que obligó á la Santísima Virgen á ir á Belen. Así quedó cumplida la palabra del profeta que predijo que el Mesías nacería en la ciudad de David. Desgraciadamente para los profetas y para Bossuet, su intérprete, Augusto no pensó jamás en tal censo: todo, pues, en este hecho milagroso se reduce á fábula y ficcion. Oigamos ahora al águila de Meaux celebrar, en su pomposo lenguaje, un hecho imaginario para fundar

(1) BOSSUET, *Discurso sobre la historia universal* (Obras, tomo IX, p. 217).

él un gobierno providencial no ménos imaginario: "¿Qué os proponéis vosotros, príncipes de este mundo, al poner en movimiento al universo á fin de obtener la lista de vuestros vasallos? Apreciar la fuerza de vuestro imperio, la extension de los tributos, el número de soldados disponibles que en cierta manera comenzais con él á alistar. Este, ó algo parecido, es vuestro pensamiento; pero Dios tiene otros designios que, sin pensar, ejecutais por vuestros procedimientos humanos. Su Hijo debe nacer en Belen, patria humilde de David; así lo ha predicho, por boca de su profeta, más de setecientos años ántes, y hé aquí que todo el universo se conmueve para cumplir la profecía," (1).

Reflejan las anteriores palabras de Bossuet un desden soberbio respecto á los vanos designios de los hombres. Ved cómo se agitan y remueven los príncipes más poderosos, los que se apellidan emperadores del mundo, para contar sus vasallos. ¡Ciegos que preparan el advenimiento del Príncipe de la paz que pondrá fin á su imperio! Bossuet rebaja al hombre para exaltar á Dios. Pero ¡cuán ridículo se torna este gobierno milagroso si se le considera con relacion á la realidad de las cosas! La profecía es imaginaria, el censo una ficcion, el viaje á Belen una fábula, el gobierno de la Providencia, tan celebrado por el magnífico orador, un sueño. ¡Que la leccion sea provechosa á los historiadores! Abandonen las profecias y los milagros, obra de la imaginacion, para inspirarse en el estudio de los hechos, y aperebirán en ellos á cada paso la mano de Dios. El gobierno milagroso de la revelacion cristiana, por el contrario, empequeñece y falsea la historia.

N.º 3. — Dios y los Gentiles.

I.

Bossuet, en un discurso sobre la historia universal, se detiene con complacencia en cuanto se refiere á la verdadera Iglesia, con la que nada encuentra comparable. La sucesion de los imperios no es ménos provechosa á cuantos, sean príncipes ó particulares, contemplan en esos grandes objetivos los secretos de la divina Providencia. Los im-

(1) BOSSUET, *Sublimidades de los misterios*, xvi, 5 (Obras, tomo III, p. 610).

perios han sido fundados por los Gentiles, su historia es la historia propiamente dicha, en la cual desaparecen, en cierta manera, los Judíos. Bossuet trastorna la realidad de las cosas; en su concepto, los pueblos paganos, sus guerras y sus revoluciones no tienen razon de ser sino con relacion al destino del pueblo de Dios. Veamos este gobierno providencial funcionando: siendo la base imaginaria, todo el edificio no pasará de la obra de un sueño.

La mayor parte de los imperios, dice Bossuet, mantienen una ligazon necesaria con la historia del pueblo elegido. Dios se ha servido de los Asirios y de los Babilonios para castigarle, de Alejandro para protegerle, de los Romanos para sostener su libertad. Estos mismos Romanos, cuando los Judíos desconocieron á Jesucristo y le crucificaron, han sido instrumento, sin pensarlo, de la venganza divina para exterminar á ese pueblo ingrato (1). Á la verdad, Herder no andaba descaminado al descartar de la historia el gobierno de la Providencia, tal cual lo conciben los escritores católicos, sin exceptuar al más grande. ¿Cómo? ¿Los cataclismos del mundo no tendrán otro objeto que castigar, restablecer, proteger ó exterminar á un pequeño pueblo que apenas figura en la historia? ¿Cómo? ¿Alejandro invadió el Asia sólo para defender á los Judíos? ¡Si al ménos Bossuet nos dijera la causa de haber estado en contacto el pueblo elegido con todas las naciones que han desempeñado una mision en el desarrollo religioso de la humanidad! Bajo cierto aspecto no hay que dudar que ese pueblo era un pueblo elegido; tenia que cumplir una mision, y de las más altas: en su seno debía nacer el Cristo, y era preciso, por tanto, que se apropiase los frutos del trabajo religioso de toda la antigüedad. ¿No será este el motivo de que pasara un siglo en Egipto, de que se pusiese en contacto, primero con la raza ariana, despues con la filosofía griega? Este destino maravilloso ofrecía un magnífico tema al genio de Bossuet. Pero la Iglesia en cuyo nombre habla le vedaba ver precursores del Cristo en los reveladores y en los sabios de la antigüedad. Únicamente los Judíos tienen una mision religiosa; ellos únicamente son el pueblo elegido; ¡las otras naciones se reducen á instrumentos

en la mano de Dios, para castigar, restablecer, proteger y exterminar á los Judíos!

Los personajes más culminantes de la historia antigua se reducen para Bossuet á simples instrumentos de que se sirve Dios para ejercer su terrible justicia: "Considerad, exclama, á los Césares, á los Alejandros, á todos los demas assoladores de comarcas llamados conquistadores: *Dios los envía en su furor sobre la tierra*. Esos bravos, esos triunfadores no surgen en ella sino para turbar la paz del mundo con su ambicion desmesurada," (1). La justicia de Dios es sin duda alguna un elemento de su gobierno providencial; pero ¿puede ser un furor? ¿No tendrá otro objeto que castigar y exterminar? ¿Á qué se reduce forzosamente en tan horrible concepcion el destino de los pueblos? La historia se convierte en un inmenso campo de destruccion, donde se degüellan entre si los verdugos. No se pueden leer sin horror las siguientes palabras de Bossuet (2): "Cuando dos pueblos se hacen la guerra, es porque Dios quiere, sin duda alguna, vengarse del uno y con frecuencia de ambos. Dios castiga á los unos por medio de los otros, y ordinariamente castiga tambien á los que le sirvieron ántes de instrumento de castigo." Dijimos mal al expresar que los pueblos son verdugos que entre si se degüellan; son más bien víctimas, el verdugo es Dios. "En la persona de Nabucodonosor, ese rey impío al par que victorioso, dice Bossuet, vemos lo que son los conquistadores: instrumentos en su mayor parte de la *venganza divina*. Dios ejerce por medio de ellos la justicia, que al fin tambien los castiga... Todo cae, todo es abatido por la justicia divina, cuyo ministro es Nabucodonosor; pero él caerá á su vez; Dios, que emplea la mano de este príncipe para castigar á sus hijos y abatir á sus enemigos, la reserva asimismo para que sienta el peso de la suya todopoderosa," (3).

Bossuet no exalta más que el poder de Dios y su venganza. Háse dicho que este Dios vengador es más bien el de la Biblia que el del Evangelio. El reproche debe proceder de un libre pensador. Pues qué, ¿la Biblia no es la palabra de Dios? Luego el Dios de la Biblia es el verdadero, y de-

(1) BOSSUET, *Sermon sobre la circuncision del Señor* (Obras, tomo V, p. 258).

(2) BOSSUET, *Sermon sobre la circuncision del Señor* (Obras, tomo VI, p. 832).

(3) BOSSUET, *Discurso sobre la historia universal* (Obras, tomo IX, p. 172).

(1) BOSSUET, *Discurso sobre la historia universal* (Obras, tomo IX, p. 294).

bemos adorar todavía al Dios de venganza, por más que nuestra conciencia se subleva contra la idea de un Dios que se venga de sus enemigos. Lo cierto es que Bossuet, inspirado en la Sagrada Escritura, nos muestra el poder de Dios, pero no su providencia. Este poder se asemeja al arbitrio de un monarca, que se complace en ostentar que es soberano dueño: "Dios forma los reinos para dárselos á quien le place," (1). "Como Él da los reinos, los divide cuando le place," "Dios no hace más que manifestar más claramente, por medio de esos actos extraordinarios, lo que opera en todos los reinos del universo, á los que da amos en la medida que le place," (2). ¿No se diría que el Dios de la Biblia se ha inspirado en la escuela de Luis XIV, y que firma sus decretos eternos como el rey de Francia sus edictos, porque tal es nuestro deseo? El monarca del cielo y los príncipes de la tierra proceden de la misma manera, aunque haya diferencia en la condicion del poder que uno y otros ejercen.

Sucede que las monarquías se desploman. El siglo en que murió Bossuet vió el fin de la antigua realeza. Espíritus limitados lo achacan á los filósofos, olvidando que Dios lo hace todo: "Él envía el espíritu de rebelion cuando quiere destruir los tronos. Dios permite las rebeliones, sin autorizarlas, y castiga los crímenes por medio de otros crímenes, que á su vez serán también castigados, siempre terrible y siempre justo," (3). Bossuet, en vista de esas catástrofes, celebra el poder de Dios: "El Señor Dios hiere á Israel como una caña remueve el agua... tan grande es la facilidad con que destruye los reinos más florecientes." Pero este poder es arbitrario, y la justicia de Dios tan caprichosa como su autoridad soberana. Lo que Bossuet celebra como la justicia divina, la conciencia humana lo reprueba como la más horrible iniquidad. Insistamos un tanto sobre esta faz del gobierno providencial, tal cual lo concibe el catolicismo, y no olvidemos que, casi exclusivamente en la justicia, se manifiesta la Providencia bajo el punto de vista de la doctrina católica.

(1) BOSSUET, *Discurso sobre la historia universal* (Obras, tomo IX, p. 172).

(2) BOSSUET, *Política inspirada en las Sagradas Escrituras* (Obras, t. IX, p. 808).

(3) BOSSUET, *Política inspirada en las Sagradas Escrituras* (Obras, t. IX, p. 900).

II.

Hay una primera sentencia sobre el género humano pronunciada por Dios y que ha decidido para siempre sus destinos: Adán desobedece á Dios y es castigado. Nada más justo. Pero ¿cómo le castiga Dios? Pues le castiga, no solamente en su persona, sino también en sus hijos: todos hemos sido malditos en el principio; nuestro nacimiento queda dañado é infecto en su fuente. La conciencia humana, espantada de semejante sentencia, se ha preguntado con angustia qué clase de justicia es esa que castiga á inocentes por una falta cometida antes de nacer. Bossuet responde: misterio. No quiere que el hombre examine las reglas terribles de la justicia divina que le han condenado antes de nacer: "Adoremus, dice, el juicio de Dios, que considera á todos los hombres como uno solo en la persona de aquel que de todos será origen. Considerémonos también como degradados en nuestro padre rebelde, como infamados para siempre en la sentencia que le condena," (1). En vano procura Bossuet imponer silencio al grito de la conciencia, que se rebela contra su Dios. Los hombres preguntarán siempre la causa de haber sido malditos por una falta de que están inocentes; compararán siempre la justicia divina que condena á inocentes con la justicia humana que apenas se atreve á condenar á los culpables, y querrán saber por qué la justicia de los hombres es más indulgente y más justa que la de Dios. La cuestion es capital, porque de ella depende el destino de la humanidad. Pues bien, los más profundos pensadores del cristianismo son impotentes para resolverla; y cuando, bien á su pesar, dan esta respuesta, comprometen la justicia y hasta la existencia de Dios. Pascal confiesa que no hay nada que choque tanto á nuestra razon como decir que el pecado del primer hombre alcanza á los que, estando tan alejados de su origen, parece no sustentan responsabilidad para participar de la culpa, y añade que esto, no solamente parece imposible, sino también injusto. "Porque, exclama, ¿hay algo más contrario á las reglas de nuestra miserable justicia que condenar eternamente á un niño incapaz de

(1) BOSSUET, *Discurso sobre la historia universal* (Obras, tomo IX, p. 138).

voluntad por un pecado en que ha tomado una parte tanto más insignificante, cuanto se cometió seis mil años antes de su nacimiento?," Pascal no se preocupa de una iniquidad y un absurdo semejantes. ¿Qué importa que el pecado parezca á los hombres una locura? Como tal se admite: "¿A qué atacar por falta de razon esta doctrina? ¡Por falta de razon la damos!" (1).

Esta respuesta no ha satisfecho á la conciencia humana; equivale á admitir con Tertuliano que el dogma es verdadero porque es absurdo; mas la humanidad moderna no adora el absurdo lo mismo dentro que fuera de la Escritura. El mismo Bossuet, y esto es notable, no se atreve á exaltar la creencia del pecado original, fundado en que es absurda; por el contrario, procura encontrar una explicacion que alcance la razon á aceptar. Las reglas de la justicia humana, dice, pueden ayudarnos á entrar en las profundidades de la justicia divina: "Era justo, expresa, que Dios castigase á Adán, no solamente en sí mismo, sino además en sus hijos, como la más preciada parte de su sustancia," (2). Hé aquí á ese gran genio buscando en la injusticia humana una analogía para excusar la injusticia divina. Los hombres han castigado durante mucho tiempo á los culpables en sus hijos; pero han acabado por rechazar tan bárbara iniquidad. ¿Será Dios ménos justo que los hombres? Si nuestra justicia es miserable, como dice Pascal, ¿qué diremos de la justicia divina? ¿Ó es que acaso existen dos justicias, y que lo que subleva nuestro sentido moral será justo á los ojos de Dios? Nos perdemos en este dédalo de iniquidades. Viendo su causa perdida, Bossuet nos impone silencio; no quiere que midamos la justicia de Dios por la de los hombres: los efectos de la primera, en su concepto, son mucho más extensos y más íntimos. No lo dudamos. Pero ¿diremos por esto que lo que reprueba como una barbarie irritante la justicia humana se convierte para Dios en un acto de justicia?

III.

Tal es la justicia de Dios. El destino del género humano está escrito en una sentencia divina que los pensadores más profundos de la Iglesia confie-

(1) PASCAL, *Pensamientos*, art. VIII y XII, 2.

(2) BOSSUET, *Sublimidad de los misterios*, VII, 2 (Obras, t. III, página 497).

san ser á los ojos de la razon una locura. Ante ella se ha inclinado la razon durante muchos siglos; pero esos tiempos han pasado. La Iglesia y sus defensores se han encargado de abrir á los hombres los ojos respecto á las horribles consecuencias de ese extravío. Cuando se procura cegar la razon y viciar la conciencia, no cabe admirarse si el hombre ejecuta el mal creyendo obrar el bien. Los anales de la Iglesia están llenos de crímenes y manchados de sangre; sin embargo, no han faltado ministros de Dios, y entre ellos infalibles, que han justificado y hasta divinizado el crimen. En el siglo XVI se trama una conspiracion contra la reina Isabel; trátase de destronar, de matar si es necesario, á una princesa herética (1). El papa y Felipe II son cómplices; ¿qué digo? el mismo Pío V hace la proposicion al rey católico, diciéndole que el asunto redundará en gloria y en honor de Jesucristo. Felipe II aplaude y ve la causa de Dios en una tentativa de asesinato. ¡Dios convertido en homicida para cumplir sus designios! Hé aquí el gobierno milagroso en accion. La ambicion de la Iglesia es el fin, y todos los medios que puedan conducir á lograrlo son justificados y hasta divinizados, aun cuando sean criminales.

Cuando la ceguedad de un papa canonizado era tal que recomendaba al rey católico un crimen en servicio de Dios y bien de su Iglesia, ¿cuál debía ser la del bajo clero? Una afrentosa carnicería ensangrentó la ciudad de Sens. Fué un monje quien excitó á los católicos contra los hugonotes. Despues que los asesinos acabaron su santa tarea, vino un milagro á llenar sus almas de gozo, haciendo decir á los celosos que la matanza quedaba aprobada cual si fuera por la misma boca de Dios. ¡Dios cómplice del asesinato! Estas terribles lecciones de homicidio se propalaban en todas las cátedras de verdad: "Tal era, dice un testigo ocular, la jurisprudencia de los monjes y de los predicadores de este tiempo, para los cuales los parricidios y los asesinatos más execrables se reputaban milagros y obras de Dios," (2). El homicidio, pues, se ensalza como un hecho divino, como un medio habitual por cuya intervencion la Providencia gobierna las cosas humanas. ¡Hé aquí el extremo á que conduce el gobierno milagroso de Dios!

(1) Véanse los detalles y los testimonios auténticos en la parte novena de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

(2) Véase mi *Estudio sobre las guerras de religion*.